

**Asamblea General**

Distr. general
16 de diciembre de 2003

Original: español

Quincuagésimo octavo período de sesiones

Tema 60 del programa

Seguimiento de los resultados de la Cumbre del Milenio**Carta de fecha 12 de diciembre de 2003 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente de Honduras ante las Naciones Unidas**

Tengo el honor de dirigirme a usted para remitirle el discurso que su Señoría Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga pronunciara ante el Congreso Nacional de Honduras el día 8 de diciembre de 2003 (véase el anexo), que contiene una exposición a la humanidad sobre los desafíos de la pobreza y la manera de combatirla, enmarcado dentro de los objetivos del Milenio en materia de desarrollo acordados por las Naciones Unidas.

En tal virtud, le suplico que ordene que se circule el discurso bajo el tema 60 del programa del quincuagésimo octavo período de sesiones de la Asamblea General.

(Firmado) Manuel **Acosta Bonilla**
Embajador
Representante Permanente



Anexo de la carta de fecha 12 de diciembre de 2003 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente de Honduras ante las Naciones Unidas

No se olviden de los pobres

Quisiera compartir en esta oportunidad algunas reflexiones que están muy dentro de mi alma, y que en este recinto donde con mucha frecuencia se ventilan los problemas de nuestra querida Honduras, adquieren particular resonancia.

El tema que deseo tratar es uno de los más viejos en la historia de la humanidad, es un tema reiterado, se esconde y desaparece para luego mostrar de repente un nuevo rostro y —desde él— vuelve a desafiarnos.

Desde la fe, tengo la convicción de que mi misión en estos 25 años ha sido la de ser un “puente”, un “pontífice”, aquel que une siempre dos orillas; el que se niega a ver la humanidad como la marcha irreconciliable de dos mundos. Veo y concibo la doctrina social de la Iglesia como el cauce por donde discurre la historia y pienso, he luchado y sufrido para que la convivencia de todos los hondureños como hermanos hijos de un mismo Dios y Padre, sea posible.

Cuando los Apóstoles establecieron las primeras comunidades cristianas, daban esta recomendación a los obispos: “Por favor, no se olviden de los pobres”.

Bien sabemos que en el mundo padecen pobreza cerca del 60% de las gentes, que es escandaloso el número de personas que mueren de hambre y lo peor, de sed, que la carencia de vacunas – cuyo precio no supera los 10 centavos de dólar causa el deceso de miles, de millones de personas; que literalmente en muchas partes del mundo hay gentes —y no pocas— que han vuelto a habitar las cavernas; que la falta de vivienda y de seguridad social es escandalosa, que hay millones y millones de seres humanos que no sueñan, que no tienen proyectos porque a duras penas logran satisfacer las exigencias de la supervivencia.

Los más sabios, aquellos que logran calcular para sus prójimos el precio de la pobreza, afirman que pobre es aquel que recibe menos de 1 dólar al día.

Yo creo que si nos miramos de frente unos a otros vamos a tener que convenir que llegó “el final de la inocencia”; se trata de no engañarnos. Yo sirvo a un Señor que nos dio una fórmula mucho más precisa para reconocer el problema; el asunto no es estadístico.

Escuchemos con atención: “Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; era un extraño y me hospedaron; estaba desnudo y me vistieron; enfermo y me visitaron; en la cárcel y fueron a verme”.

Este cuadro evoca todas las posibles pobrezas y señala las actitudes que a ellas corresponden. Ninguna de ellas es “intelectualista”: ni “retórica”. Mi Señor —nuestro Señor— es simple y directo y no deja alternativa: ¡O se es o no se es!

El Señor Jesucristo es el único gran revolucionario, nadie habla de “antes de César” o después de él, de “antes de Napoleón” o después de él, de “antes de Marx” o después de él, sino que todos decimos de “antes de Cristo” o “después de Cristo” porque el Señor Jesucristo sí nos cambió los puntos de referencia, las señas de identidad.

“¡Antes de Cristo y después de Cristo!” Esa es la clave.

¿Qué aporta Cristo a la historia? ¡Mucho! Pero esta mañana permítanme fijarme en dos elementos: ¡Uno, el amor a la paz; dos, el amor al prójimo!

Los dos se pertenecen; no hay amor a la paz si no hay amor al prójimo y viceversa.

Detrás de todo ello está la solidaridad.

La Organización de las Naciones Unidas publica anualmente el “Informe sobre el Desarrollo Humano” que es como el examen de conciencia de la eficacia del poder en el mundo; una evaluación del cumplimiento del propósito de “humanización”. Desde cuando existe esta publicación ya hace varias décadas, se ha podido siempre constatar que “algo” debe ir mal porque siempre estamos “peor”.

La brecha entre ricos y pobres

En nuestras naciones “nada falta a los pocos” aunque “casi todo falte a los muchos”. No carecemos de ningún “símbolo de status”. En los “países pobres” del mundo no alcanzan a pasar 10 días para que “los satisfechos”, accedan al servicio de la ultimísima tecnología. Con decir que es en el Tercer Mundo donde se aclimata más rápido el mercado con respecto a las innovaciones. Es el “Status” que busca “reafirmarse”. ¡Es el rico Epulón ...! “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino, y todos los días celebraba espléndidos banquetes. Y había también un pobre, llamado Lázaro, tendido junto a la puerta y cubierto de llagas, que deseaba saciar su hambre con lo que tiraban de la mesa del rico. Hasta los perros venían a lamer sus llagas”.

Leamos con toda la intensidad las palabras centrales de la historia, masticándolas como hombres y mujeres del siglo XXI.

A la mesa de Epulón (bien pueden ustedes darle el nombre que quieran, aún el propio, esa decisión es muy personal) se sientan hoy cada vez menos y, muy pocos comen cada vez más y mejor. La “calidad de vida” ha hecho su aparición y será bien difícil entender la “cultura del desperdicio”. Solamente se acepta lo perfecto, lo que según los cánones se denomina de “superior calidad”. Y el resto, se arroja.

Lázaro recoge “los sobrantes”, pero es preciso entender que el número de los “Lázaro” ha crecido de una manera impresionante, que la mesa debajo está llena y a pesar de todo “lo que sobra”, “las migajas no alcanzan para todos”.

Recuerdo aquel que con cinismo afirmaba que la solución para los problemas sociales consistía en “dejar caer sistemáticamente” más y más migajas a quienes se agitan debajo de la mesa.

Otros pensamos que es preciso traer sillas, bancos y asientos para ampliar el número de comensales de aquellos que se sientan a la mesa, que tienen un puesto en la sociedad.

No ha faltado el asombro ante la idea de ver más rostros humanos sentados decentemente participando del desarrollo.

En este momento me acuerdo con gratitud de los perros y de los gatos.

No han visto ustedes que ellos no tienen ningún problema —sea cual sea la raza, el color o el pedigree— para reconocer la “perridad” o la “gatidad” de sus semejantes. En cambio nosotros, pobres seres humanos, sí tenemos ese problema y

sufrimos con él y nos esforzamos en superarlo. Recuerdan ustedes que el mismísimo Aristóteles tenía dificultades y hablaba de los esclavos como “unos animales muy parecidos a nosotros”. Pero eso era antes de Cristo, sin embargo, la dificultad reapareció en esa gran época de la gran filosofía —entre los siglos XV y XVII— y nos tocó realizar sínodos y concilios para decidir si los indios o los negros eran seres humanos.

Y luego de todo esto, cuando ya decidimos que sí, que eran humanos, cuando nos sentimos orgullosos de nuestra inteligencia y consignamos su resultado en la Carta de Derechos Humanos se nos volvió a olvidar y todavía hay discriminaciones por la raza, por el color de la piel, por el género —y lo que es peor— por el ingreso.

Y no nos asustemos que lo mismo nos aconteció con la mujer y ella ha tenido que ganarse su puesto en la sociedad luchando con tesón.

Hoy el problema ha vuelto con otras características. Los europeos y los americanos del Norte se preguntan si el migrante es o no tan humano como nosotros. Por el momento somos para los europeos “sudacas” o “extracomunitarios”.

Claro está que nosotros nos preguntamos lo mismo con el “excluido”, tan parecido a nosotros, ¡sólo que ...!

La Xenofobia ha retornado: Ella no tiene el color de la piel; necesariamente tiene el duro color de la pobreza, la dura verdad de vivir bajo la mesa y no estar “sentado a la mesa del Padre”.

Yo creo que San Pablo, aquel que dijo: “Ya no hay distinción entre griego y judío, entre esclavo y libre, entre varón y mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús” se tiraría de los cabellos si viera hoy después de tanto tiempo de cultura cristiana que eso; ¡todavía, no es absolutamente cierto!

Y entonces uno, desprevenidamente se pregunta: ¿Y qué pasó con “la guerra fría”? Pues dicen los entendidos que terminó. Sus analistas nos dijeron: “Ahora sí el progreso se ha abierto camino. Somos uno; ya no hay marxistas ni capitalistas sino seres humanos plenos de dignidad y de optimismo”.

Se había logrado detectar que la “seguridad” era a partir de ese momento clara. Que era preciso mediante el desarrollo frenar la “subversión de la pobreza”.

Se pensó que la pobreza era el enemigo acérrimo de la democracia y que sólo podía ser vencido abriendo las puertas a la “participación”, a la verdad de “ser parte”, de “tomar parte” y también de “tomar la parte” que nos corresponde.

Ha habido muchas bellas palabras, una retórica extraordinaria, planes, planes pero pocas realizaciones.

“Obras son amores decían los antiguos” y yo sinceramente me pregunto: ¿Por qué cada gobierno tiene que “inaugurar la historia” y no concluye en cambio y profundiza lo que ya venía? ¿Por qué siempre estamos comenzando?

La guerra ideológica terminó, pero estamos de frente a una guerra peor, la que librarán los que nada tienen que perder. El fatalismo de la pobreza toca a nuestras puertas. Culpables seremos cada uno de nosotros si no reaccionamos a tiempo.

¡“Parte tu pan con el hambriento” dice el Señor ...! No es esta tan sólo una frase bella; hoy es una verdadera urgencia.

El renacimiento de la política

El ser humano se pregunta por el destino de la historia y cuando termina de preguntarse se indaga por el renacimiento de la política. Esta es una de las claves. “La política es el manejo del poder para realizar el bien común” y este bien común en su nivel básico, el de la supervivencia, no admite teorías.

Un pobre es aquel que no tiene solucionadas y satisfechas sus necesidades básicas. Ellas son las del alimento, las del vestido, las de la salud, las de la vivienda, las de la capacitación y las del empleo.

Hagan ustedes la cuenta y verán y reconocerán a los pobres y a quienes la pobreza amenaza hoy diariamente. En el umbral de la pobreza están todos aquellos que tienen el riesgo de perder su empleo. Están los jóvenes que de repente se dan cuenta de que estudiaron inútilmente porque no existe un puesto de trabajo que dé cauce a sus ilusiones.

La política si ustedes miran los programas electorales de todos los profesionales de ese oficio, apunta a esto, ofrece esto ... se sabe que la primera definición de política es el “arte de sobrevivir juntos humanamente”.

Entonces se llega a la conclusión de que la política está fallando, porque sabe qué debe hacer y no lo hace y es entonces cuando la culpabilidad asciende ya que en este caso no puede decirse “perdónalos porque no saben lo que hacen”. Estos sí saben lo que hacen y lo que están dejando de hacer. Son los causantes de una “deuda” que a diferencia de la “externa” no se puede perdonar. La “deuda social clama al cielo” y está vigente.

Entonces, para donde vamos

Cuando esta reflexión llega a este punto viene inexorablemente a la cabeza la pregunta ¿para dónde vamos? Quienes observen el mundo hoy saben que estamos bordeando el abismo, que la guerra contra el Iraq es tan sólo una guerra publicitada pero que en el momento son 35 las guerras que cursan en el mundo con un costo de vidas inimaginable.

El mundo, nosotros todos, tenemos que detenernos y mirar de nuevo nuestra “carta de navegación” y poder hacer cara al desafío de la pobreza.

Duele decirlo pero si se aplicaran los recursos que de manera fácil presupuestamos para la muerte, al propósito único de que la gente no muera de hambre y de sed, esos recursos serían más que suficientes. Lo que está haciendo falta es la “voluntad política” necesaria para ver que se puede comprar seguridad partiendo del hambre y de la miseria del prójimo.

Duele ver a quienes se autonominan “demócratas” suponer que quien ha recibido de la democracia tan sólo carencias va a ser un defensor acérrimo de ella.

Ya no es la ideología la que nos divide; quien mire la “América Nuestra” va a encontrarse con el renacimiento de los viejos populismos centrados en la voluntad y en la decisión de que las gentes tengan algo para comer.

¡Es indigno un ser humano hambriento o sediento en el Tercer Milenio! Es un derecho sobrevivir y a ese derecho debe concurrir la política con todo el poder que le ha sido atribuido.

Una humanidad famélica

¡Volvamos hacia atrás! En pleno siglo XXI, en pleno tercer milenio, subsiste en todas sus etapas la historia de la pobreza.

Somalia, Biafra, Albania, Etiopía ... las fotografías y los documentales son impresionantes. Mozambique: Hambre y SIDA. La cuenta sería impresionante; en cada país sin embargo están los testimonios silenciosos de esta asesina silenciosa que es el hambre.

Yo recuerdo cuando era común entre la gente que alimenta preocupaciones por la gente hablar de Norte y Sur. Nosotros decíamos: “Atención, cuidado, porque cada norte tiene su sur y cada sur tiene su norte”. Los países más ricos tienen grandes zonas de pobreza y en los países pobres hay unas islas de riqueza inimaginable.

Hay que hacer algo si se quiere empezar a construir la paz durable que en el terreno de lo práctico está constituida por la capacidad de satisfacer necesidades ordenadas a la supervivencia; convivir significa “comunicación de bienes capaces de entregar la ‘certeza’ de no morir por carencias”.

Ha terminado la era de la coexistencia pacífica en la que la sociabilidad me indicaba el imperativo de no hacerle el mal a nadie, ese “cainismo social” que me permite dejar que el otro muera vejado por sus carencias sin que yo me permita molestarlo para ayudarlo a sobrevivir. Hemos ingresado en la época llamada de la “solidaridad” en donde no sólo debe evitarse hacer el mal al prójimo sino que es imperativo cuidarse de él, tomarlo como propio, ser corresponsable de su destino.

Albert Camus afirmaba que —a pesar de no creer, de no tener fe en Jesucristo, de no ser cristiano— la lectura del Evangelio lo había conducido a una ética irrenunciable, aquella que no me permite vivir tranquilo mientras uno solo de mis hermanos padezca.

El cristianismo que se vive de ordinario es ese, “cristianismo de guerra fría” donde todavía no hemos dado el paso al “amor al prójimo”. En el cristianismo, los “pecados de omisión” son a menudo mucho más significativos y dolorosos que aquellos de la acción.

El cristianismo es compromiso con el otro. Por ello es preciso iniciar de urgencia una “nueva evangelización”. ¿Cómo puedo yo vivir tranquilo frente al hambre del pobre si su fe espera de la mía para repetir en el nombre del Señor, cuya fe nos une, que los panes y los peces se multipliquen, y que el agua se transforme en vino?

Estamos aún a la espera del milagro. ¿Cuántas ollas de solidaridad deben encenderse frente al hambre de cada día? ¿Cuántos dormitorios comunitarios deben abrirse? ¿Cuántos vestidos deben entregarse si llegamos a la fe, fe de creer de verdad que en cada pobre está la figura de nuestro Dios y Señor?

El excluido

No hay pausa posible. La demora mata. Mirando hacia atrás recuerdo como la “Cumbre Social” de 1995 en Copenhague reconocía que “pobreza”, desempleo y desintegración social, son factores estrechamente vinculados a los temas de seguridad y que hay una necesidad urgente de un nuevo compromiso global para reducir las profundas desigualdades que alimentan las condiciones sociales explosivas, los antagonismos étnicos y la degradación ecológica.

Ustedes, aquí en el Congreso de la República, tienen personas que conocen y entienden de esto. ¡Saben muy bien que junto al saber, deben marchar la “voluntad política” y la “decisión política” y que éstas han de ser permanentes, continuas y deben estar reforzadas en cada momento por el deseo irrefrenable de servir al prójimo!

El hecho es que nos vino la tarde. Yo recuerdo que de niño escuchaba hablar de “pobres”. Años más tarde cuando joven apareció una palabra de un poder gráfico increíble: “El marginado” que me regresaba al mundo de la escuela con los cuadernos que tenían a la izquierda una línea vertical sobre la que no se escribía; era “la margen”. El “marginado” estaba fuera del texto, estaba en la margen, no contaba; pero allí estaba su presencia, todavía estaba en el cuaderno.

Ahora la situación ha empeorado; la palabra que se utiliza es igualmente gráfica. Se habla del “excluido”; éste ya no está ni siquiera en la margen, ¡está fuera del cuaderno, no pertenece a nuestra realidad!

¡Es absurdo! Estamos regresando a las peores épocas que se creían superadas por la civilización y estamos regresando sin que nos importe el “costo social” que viene ocasionado este retorno, a injusticias que se creían superadas.

Los “excluidos” crecen, son diferentes a los “pobres” que conocíamos. El “excluido” se sabe tal y quiere salir de esa situación a cualquier costo; lo arriesga todo porque no tiene nada que perder; posee un inconsciente histórico y sabe que al final —en el cuerpo, en la sangre, en la memoria de otro— vencerá. Aquellos “excluidos” que en el ayer se llamaban “Migrantes: eran maltratados, pero sus herederos hoy forman parte del alma y del cuerpo de esa sociedad que quiso dejarlos de lado.

El “excluido de hoy” siente que le será más difícil ser aceptado. Viene y se queda. “La migración es el excluido en movimiento”, un excluido que quemó las naves y que reclama, exige y tomará aún las armas para hacer valer un derecho que no está dispuesto a discutir. No hay tiempo para las palabras, se dice, la realidad habla por sí misma.

Yo bien sé que debemos insistir en los “derechos humanos” pero quiero afirmar que antes que éstos, están reclamando cumplimiento las “necesidades humanas”. Me llama la atención que los defensores de los derechos —al menos una buena parte de ellos— no se comprometen con algo tan concreto y tan real como lo es el hombre que te dice de frente: “Tengo hambre” o la mujer que te dice al rostro que no tiene cómo alimentar a sus hijos y a los que les soltamos como solución la receta salvadora: “trabajen”, sin saber que el trabajo fue el primero que abandonó la pobreza.

El cuarto mundo

Ha nacido, queridos amigos, el cuarto mundo, ese mundo mucho más doloroso en su realidad que el tercer mundo. El cuarto mundo expresa la situación del excluido en la sociedad de la opulencia. ¡Es un cáncer que la hará saltar en pedazos si no se actúa ya!

La solución es clara y se llama desarrollo y es hija de dos padres: La justicia social y la dignidad humana. La una sin la otra no hacen nada, deben marchar juntas y esa solución solamente requiere una “conversión hacia lo humano”, eso, además, es muy católico porque “el hombre es el camino de la iglesia”.

Esta sabiduría no se aprende ni en la universidad, ni en las grandes academias. Esto, decía en alguna oportunidad Nikos Kazantzakis, se descubre cuando los ojos

de Caín miran emocionados la desventura y la fragilidad de Abel y decide matarlo ... ¡pero de amor!

Por los caminos de la globalización

Queridos amigos, despunta el alba de la globalización con su primera guerra. Esta guerra traerá mayor pobreza. Tenemos que seguir insistiendo en la Verdad de la Paz. Ahora por voluntad de los hombres ha llegado la muerte. Es lamentable. No debe molestarnos —sin embargo— la globalización de la economía, la globalización de la política. No deberían molestarnos si antes procedemos con claridad y con valor en poner en vigencia un prerrequisito que cambia el signo de las cosas. Ese prerrequisito es la “globalización de la solidaridad”.

Si esta globalización no tiene lugar, todas las demás facetas de la globalización nos van a destruir. Globalización económica sin globalización de la solidaridad es el suicidio de los pobres y por tanto el de la mayoría de la humanidad.

Todavía recuerdo cuando en el Sínodo de América el Santo Padre Juan Pablo II perfiló esta idea; fue clarividente, tenía la capacidad de ver más allá de la historia; tiene la capacidad de mirar más allá de la historia cuando ésta le ha demostrado a todos que la globalización sin valores es una globalización sin valor.

No podemos continuar con la ceguera; estamos marchando no sólo a la globalización de los mercados, lo que significa la concentración de la riqueza, sino a la globalización de la pobreza que significa aceptar que, para los pobres, la esperanza fue ajusticiada.

Hace unos días escuchaba un pensamiento: “Lo que es moralmente falso no puede ser económicamente correcto”.

La actual situación del mundo nos llevará a tomar la decisión de destruirnos a nosotros mismos o de recuperar las huellas de las esperanzas ciertas; esas que crecen al ritmo del Evangelio y van selladas por él. En una oportunidad leí un libro publicado por las ediciones Carlos Lohlé; era de un hombre que ha hecho del amor a los pobres la razón de su vida. Se trata del Abbé Pierre quien afirmaba ante un público selecto de “la gran manzana”: ¡“no he venido a pedir dinero sino mucho más! El dinero se pudre cuando no va precedido de la donación de sí mismo, de vuestra presencia al lado de los que sufren. La filantropía sin amor real al prójimo no salva, arruina”.

Una mirada detenida sobre el mundo nos debe llevar a pensar que la primera gran lucha es contra de la miseria, contra el egoísmo, contra la indiferencia, contra el conformismo. Es preciso entenderlo, ¡la pobreza es el mayor enemigo de la paz!

Es conveniente fortalecer la justicia y aprobar la Ley de Justicia Constitucional, que confirme la facultad de la Corte Suprema de Justicia de interpretar la Constitución.

El Evangelio sigue vigente y lleno de desafíos. Nos dice que es preciso renacer en las aguas del Espíritu, vivir el amor al Señor Jesucristo imitándolo y mirar en los ojos del prójimo al Señor que dirá al final en el juicio definitivo “todo lo que hicisteis a uno de estos pobres a Mí me lo hicisteis”.

Yo he venido esta mañana a compartir las alegrías y las esperanzas de un Pastor de la Iglesia que recibió como heredad esta querida Arquidiócesis de Tegucigalpa, ¡y para darle gracias al Señor por haberme confiado este servicio!

Y he venido para decirles a ustedes la verdad de mi vida. No busquemos la verdad donde ella no se encuentra; abramos el Evangelio y allí encontraremos la verdad de las verdades dicha con el amor y la firmeza del Señor Jesucristo: No olvidéis, queridos míos: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Muchas gracias.

+ Oscar Andrés Cardenal Rodríguez Maradiaga
Arzobispo de Tegucigalpa — Honduras
8 de diciembre de 2003
